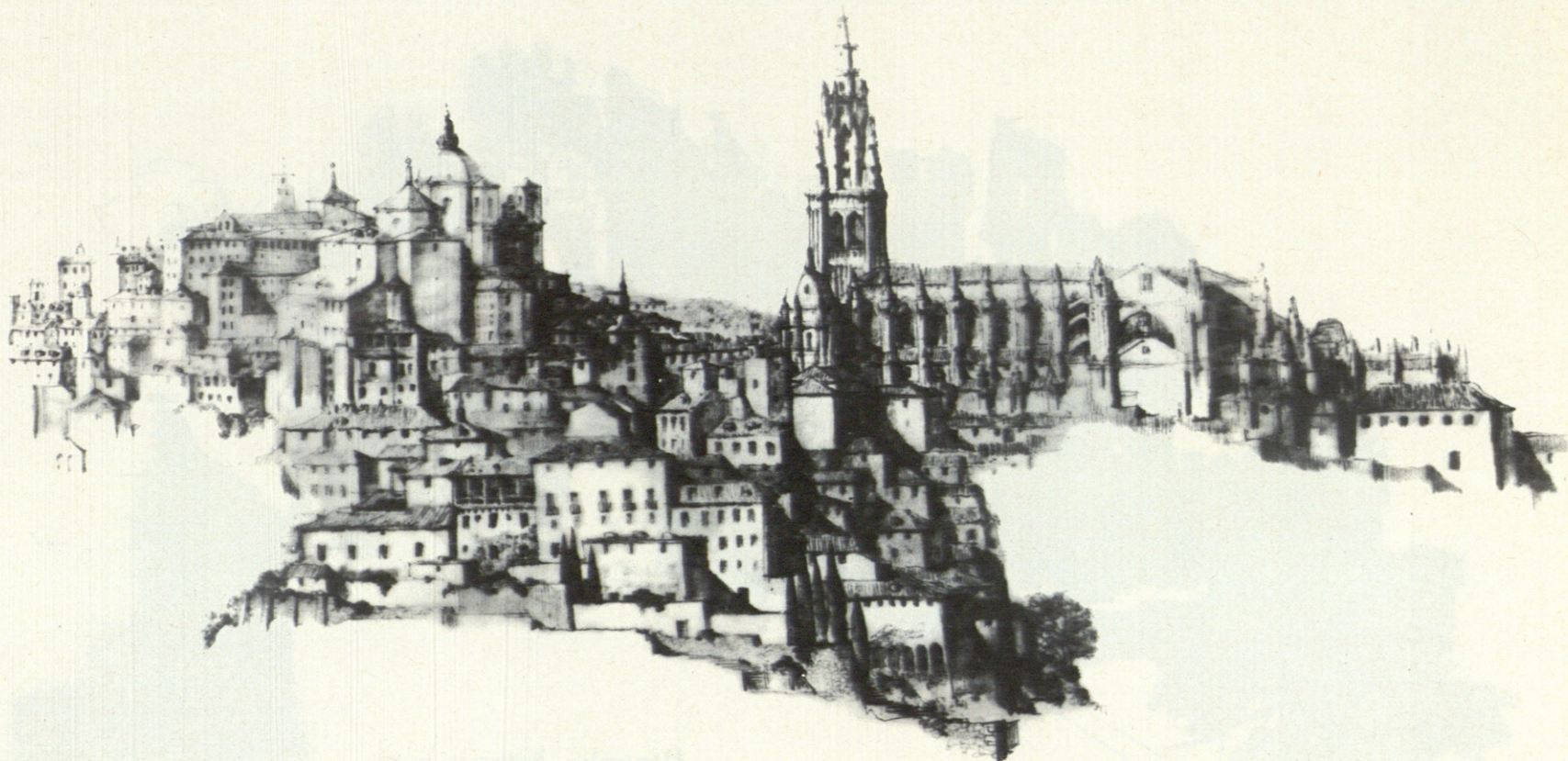




por A. Toledo
Engr. 1779

LAS CIUDADES HISTORICAS

C.D.U. 72.067:711.424

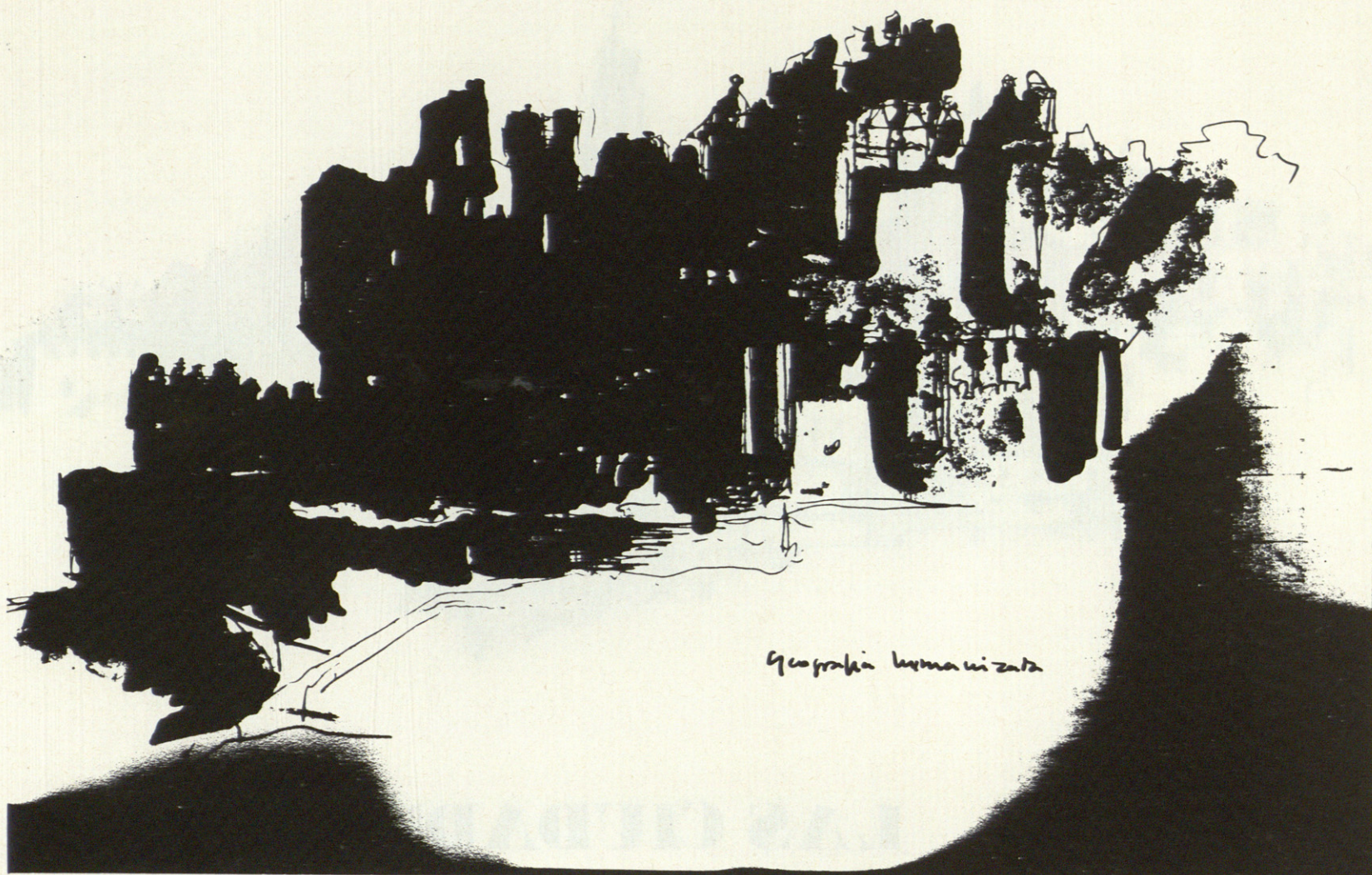
Avila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba.
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Frómista.
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza.
Lérida, Zamarramala,
Arramendiaga, Zamora.
Sois nombres de cuerpo entero
Libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraducible
de nuestra lengua española.

por Julio CANO LASSO
(Dibujos del autor)

Hasta finales del siglo pasado las ciudades, villas y aldeas crecían o se transformaban con armonía, libre y espontáneamente, como siguiendo una ley natural. Enraizadas y fundidas en el paisaje, formaban parte de la geografía, eran geografía humanizada.

El paso de las sucesivas generaciones iba dejando su aportación y su huella. El románico, el gótico, el herreriano, el barroco y el neoclásico, se iban superponiendo, y la corriente culta, que se ex-

Miguel DE UNAMUNO



COCA (Segovia)

presaba en los edificios singulares, se entrelazaba en asociación muy estrecha con la arquitectura popular anónima, producto de la profunda sabiduría del pueblo.

El tiempo, ese crítico implacable y devorador, iba depurando todo lo caprichoso, accesorio e inadaptado y sólo permanecía aquello que tenía auténtica razón de ser.

El empleo siempre de los mismos materiales, la tecnología invariable y las exigencias de adaptación a la geografía eran los determinantes que imponían su ley y aseguraban una continuidad y unidad esenciales en el transcurso del tiempo. Dentro de esa ley las ciudades se formaban con la misma naturalidad con que crece una planta.

Más o menos desde finales del siglo pasado, antes en las grandes ciudades, más tarde en las villas y zonas rurales,

esta armonía se ha roto y la continuidad con el pasado ha quedado brutalmente interrumpida.

Al contemplar fotografías aéreas de ciudades y pueblos, se aprecia con gran claridad la ruptura entre el tejido urbano del pasado, coherente como una forma

ALAEJOS (Valladolid)



orgánica, y las adiciones más recientes, faltas de toda ley y armonía, que crecen como tejidos enfermos.

Esta situación coincide, con el natural defasaje en el tiempo, con la revolución industrial y la profunda transformación de todo orden que ello significa: Comienza el rápido crecimiento de las ciudades, cambia la forma de producción, desplazando la producción industrial a las formas artesanales, cambia la sociedad y las formas de vida.

Desde entonces nuestras ciudades históricas han sufrido infinidad de mutilaciones y estragos, y que es aún peor, el fuerte aumento demográfico de muchas de ellas ha dado lugar a grandes masas de nuevas edificaciones, la mayoría de las veces sin calidad y fuera de escala, y en todas ellas, la incultura se ha unido a la codicia, y la especulación del suelo y el espíritu de lucro son las leyes que dan carácter y gobiernan el crecimiento.

Hoy tenemos plena conciencia de nuestra incapacidad para dominar el problema. Y más vale así.

Por ello nuestro temor a actuar en las viejas ciudades históricas y la justificada desconfianza de las gentes más cultas y sensibles, desconfianza y sentido de la responsabilidad y prudencia que sería conveniente se extendiera a la sociedad entera.

Se da con ello una situación absolutamente nueva en la historia de la cultura: Por primera vez una generación se siente incapaz de aportar una contribución creadora, viva y positiva, a las ciudades del pasado, tal como siempre había venido sucediendo. Efectivamente se ha consumado la crisis de ruptura.

En la media que aumenta nuestro respeto por las ciudades históricas, aparecen éstas como algo muerto e intocable, como una reliquia del pasado que es preciso conservar intacta. Paradójicamente, creo que hasta cierto punto y en términos generales, ésta es una actitud positiva que puede evitar males mayores durante esta generación de transición que aún no ha sabido transformar en cultura su riqueza.



Salamanca - Vista de la catedral desde S. Esteban.
Mayo 1963.

Salamanca: el paso de las generaciones sucesivas va dejando su aportación y su huella.

En España, donde el patrimonio heredado del pasado es inmenso y donde al tiempo que hay ciudades históricas que crecen rápidamente, hay villas y aldeas que se despueblan, el problema de conservar este tesoro es verdaderamente difícil y apremiante.

No basta conservar, rescatar y dar uso a los edificios singulares y monumentales, ya que las ciudades del pasado son conjuntos en los que se asocian en forma inseparable tres elementos que es preciso conservar por igual: Edificios monumentales, arquitectura menor y paisaje. El abandono o destrucción de cualquiera de ellos sería tanto como la destrucción del conjunto. En este sentido una de las mayores amenazas a que están sometidas nuestras ciudades, amenaza parcialmente consumada en muchas de ellas, es la invasión del paisaje por nuevas edificaciones y el envoltimiento de los cascos históricos, que pueden llegar a quedar englobados por el crecimiento de la ciudad y aislados de su entorno natural y de su paisaje.

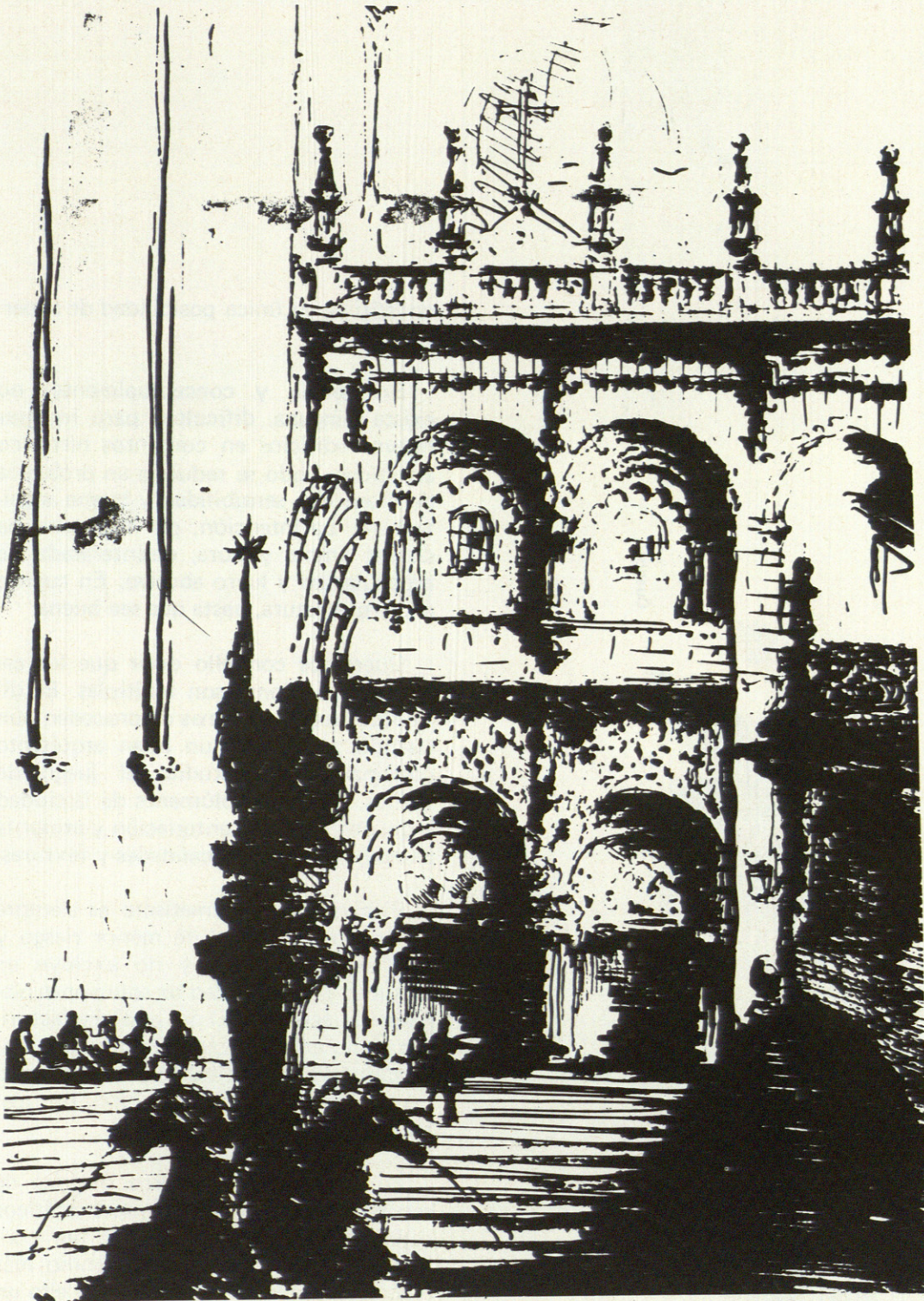


En Santiago la Catedral, culmina un friso de grandes edificios, horizontales, macizos y potentes. La edificación menor mezclada con la vegetación, forma el basamento de esta formidable composición.

En todas las ciudades históricas el paisaje es importantísimo, y es casi tan importante respetar el paisaje inmediato que envuelve la ciudad, como el que se divisa desde ella. Pensemos en Santiago de Compostela, donde las huertas y jardines del valle del Sarela, que se infiltran en el caserío, constituyen un bellísimo basamento de jugosa policromía de la más impresionante facha urbana; o Salamanca, donde el espacioso Tormes, con sus islas, puente y arboledas es un espejo en el que se refleja la ciudad; o Segovia, con los tajos y alamedas del Eresma y del Clamores, y la visión más



Catedral de Segovia. Siempre la asociación de los grandes edificios con la arquitectura popular y anónima.



lejana desde las tierras pardas de sementera, con el Guadarrama al fondo, o Cuenca, donde toda la ciudad es paisaje, y Cáceres y Trujillo, y Plasencia, y Sigüenza, y tantas y tantas villas y ciudades.

También las grandes ciudades pueden tener un bello perfil y un paisaje que conservar: Las márgenes del Guadalquivir en Sevilla y el perfil de la ciudad desde Triana, con el ancho Guadalquivir

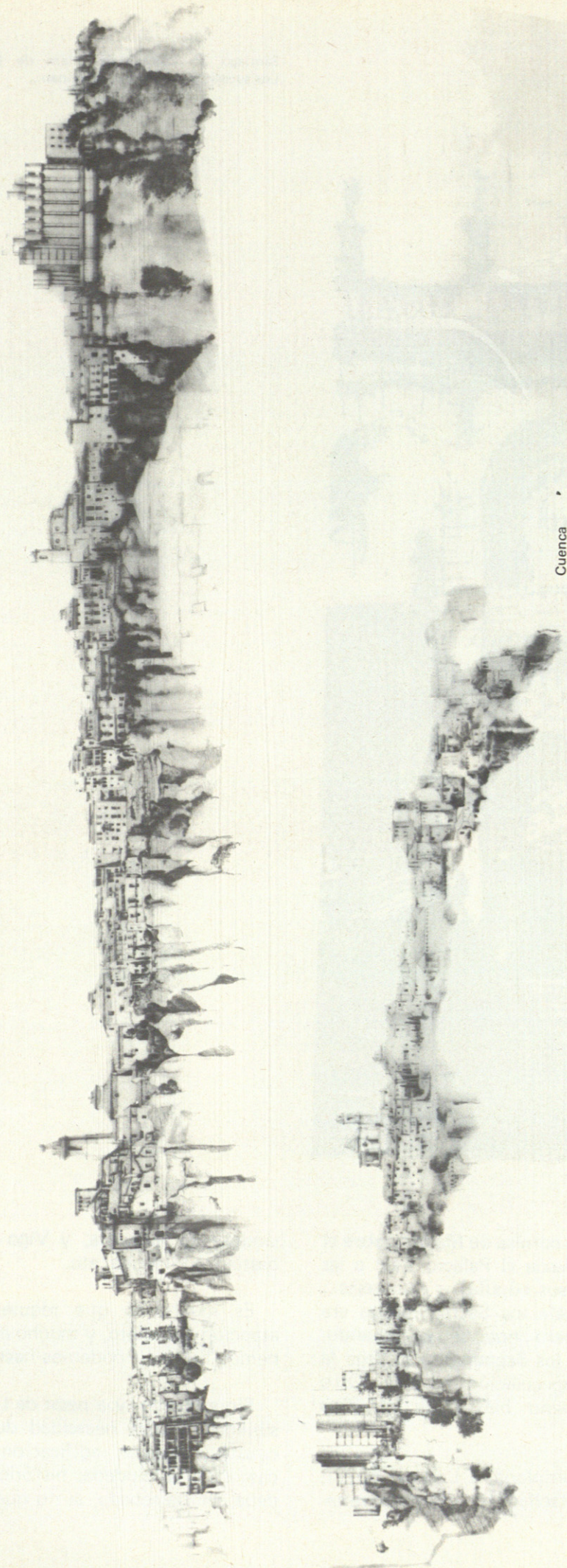
por medio. La cornisa de Madrid sobre el Manzanares, desde el Palacio Real a las Vistillas, con sus cúpulas y chapiteles... Esta vista desde los Sacramentales era muy bella, pero hoy se va tapando, porque hasta los Sacramentales llega la codicia y la especulación del suelo. Otro día sería bueno hablar de nuestros cementerios.

También Pamplona, y La Coruña con su espléndida fachada de la Marina, refle-

jándose en la bahía, y Vigo y San Sebastián, y Granada, etc.

Es mucho lo que requiere nuestra atención y respeto, y mucho el daño que hemos hecho y podemos hacer todavía.

Sin embargo, y a pesar de todo, la posibilidad y aún necesidad de actuar y construir nuevas edificaciones en los cascos de las ciudades históricas, no sólo debe ser desechada, si no que a la larga



constituye su única posibilidad de supervivencia.

En teoría y conceptualmente, no existe ninguna dificultad para integrar nuevos edificios en conjuntos histórico artísticos. Todo se reduce a un problema de intención, sensibilidad y buena arquitectura. La intención, por supuesto, ha de ser limpia y pura, desinteresada de especulación y lucro abusivo. En cuanto a la arquitectura, basta que sea buena.

Queremos con ello decir que los caminos y opciones son múltiples. Es difícil dar reglas y formas de proceder, aún cuando en general un buen arquitecto comenzará por estudiar el juego de ritmos, escalas y volúmenes de la ciudad y del entorno, y la entonación y armonía de color, materiales, calidades y texturas.

El camino del mimetismo es siempre aconsejable como el de menor riesgo y más seguro acierto, y no excluye en absoluto la posibilidad de soluciones plenamente actuales. El del pastiche historicista sólo en muy excepcionales circunstancias podría justificarse y en todo caso deberá ser considerado como un mal menor.

La arquitectura moderna dispone de recursos tecnológicos y cánones estéticos capaces de crear una armonía por contraste. Es éste sin duda el camino más ambicioso y de mayor riesgo, por ello un nuevo valor, una aportación auténtica del tiempo y generaciones presentes.

Ultimamente obtuve junto con un grupo de jóvenes compañeros el primer premio del concurso para un Parador Nacional de Turismo en el emplazamiento del Castillo de Cuenca. Este concurso hizo que nos planteáramos a fondo el problema de la actuación en ciudades históricas. El tratar este tema aquí alargaría excesivamente este artículo.

Julio CANO LASSO